

Provincia de Nuestra Señora de la Candelaria

1. La historia

Los orígenes

La orden tiene una de sus raíces en Colombia, donde la semilla recoleta germinó en 1604 al abrigo de la Virgen de la Candelaria. Fue fruto de un definitorio provincial, que con fecha 29 de junio de 1604 aceptó la donación de la ermita de La Candelaria, en Ráquira (Boyacá), para acoger en él a los religiosos deseosos de mayor observancia.

En ese mismo año el padre Vicente Mallol codificó su sistema de vida en un reglamento construido con materiales procedentes del movimiento recoleto español. En doce puntos, desprovistos de toda disquisición teológica, moldeó un proyecto de vida austero y totalmente orientado hacia la oración y la ascesis. Su parentesco con la *Forma de vivir* de fray Luis de León es la mejor prueba de que la Recolección colombiana era hija del mismo clima de plenitud espiritual que había dado origen a la castellana.

Primera difusión

Pronto resultaron estrechos los muros de La Candelaria para albergar a cuantos deseaban abrazar el ideal recoleto. En diciembre de 1606 uno de sus primeros novicios fundaba en Cartagena una segunda casa, el actual convento de La Popa, y seis años más tarde surgía otro convento en Panamá dedicado al patriarca san José. Estas tres casas fueron los primeros centros de la vida recoleta en América. Todas ellas continúan en poder de la comunidad.

Sin embargo, sus primeros años resultaron sumamente agitados. Agustinos y agustinos recoletos se disputaron tenazmente su posesión y entablaron una serie de litigios que envolvieron durante siete lustros, desde 1614 hasta 1651, no sólo a las partes contendientes, sino también a las autoridades neogranadinas, a la curia romana y hasta al mismo Consejo de Indias. Durante esos años, los tres conventos cambiaron cinco veces de dueño. Sólo la intrepidez del padre Francisco de la Resurrección, que entre 1626 y 1651 atravesó once veces el Atlántico, logró preservar su carácter recoleto.

Incorporación a la Recolección española

A lo largo de la contienda los recoletos colombianos buscaron siempre el apoyo de los españoles. En 1616 substituyeron las normas del padre Mallol por las de fray Luis. En 1627 solicitaron catedráticos españoles y en julio de 1629 consiguieron que Urbano VIII segregara sus conventos de la provincia calzada de Colombia y los incorporara a la congregación descalza de España.

Nuevas fundaciones

Estas pendencias turbaron la paz de los recoletos, pero no impidieron su desarrollo. En 1635 Francisco de la Resurrección (1592-1651) levantó un humilde albergue en Bogotá, que con el tiempo se convertiría en la casa principal de la provincia. El mismo año se instalaron en Tunja varios religiosos de El Desierto que no querían continuar en un convento gobernado por superiores calzados. En 1644 religiosos de Panamá buscaron refugio en Cartago (Costa Rica), donde dieron vida a un hospicio, que durante algunos lustros desarrolló una fecunda labor evangelizadora. En 1667 pudieron establecerse en Honda, puerto sobre el río Magdalena, que era el mejor punto de unión de los conventos de Cartagena y Panamá con los de la meseta central. Hubo también fundaciones en otras localidades de Colombia (Ramiriquí, Getsemaní, etc.), Ecuador (Latacunga) y Venezuela (La Grita, Guayana), pero ninguna de ellas logró consolidarse.

El influjo de los recoletos colombianos llegó a Perú y Bolivia. Pedro Altamirano, fundador en 1617 de la recoleta boliviana de Misque, conoció el movimiento recoleto en Cartagena y El Desierto; Juan Pecador, prior de la recoleta de Lima (1623-25) y su salvador en 1630, procedía de La Popa, de cuyo convento había sido prior desde 1617 hasta 1622. Estas dos casas permanecieron siempre dentro de su provincia de origen.

En 1626 descubrieron el horizonte misional. Su primer teatro misional fue la región del golfo de Urabá, que pronto sería regada por la sangre de sus tres primeros misioneros: Alonso

de la Cruz, Miguel de la Magdalena y Bartolomé de los Ángeles. Entre 1626 y 1633 los recoletos fundaron en esta región 15 pueblos y bautizaron a unos 15.000 indígenas. A continuación, otros religiosos misionaron en las vecinas regiones del Darién y Chocó. Poco más tarde entraron en la isla caribeña de Santa Catalina, en la Guayana venezolana y en los Llanos de Casanare.

Erección de la provincia

Hasta 1663 esos conventos fueron gobernados por comisarios generales nombrados por el vicario general de la congregación. El capítulo general de 1660 formó con ellos la quinta provincia de la congregación, que fue confirmada por Clemente IX el 8 de junio de 1668. Su primer provincial, padre Juan Losada de San Guillermo, fue nombrado en Madrid en 1661 y tomó posesión de su cargo en Cartagena en abril de 1663. Su sucesor, José Mejía de la Asunción, ya fue elegido en capítulo provincial. En 1676 la provincia comenzó a usar el privilegio del cuatrienio, que extendía a cuatro años el mandato de todos sus superiores.

La provincia nunca fue numerosa. Sus religiosos solían rebasar ligeramente el centenar y vivían casi todos en conventos regulares. Desde principios del siglo XVIII su convento principal fue siempre el de Bogotá, al que seguían, en orden descendente, los de El Desierto, Cartagena, Panamá, Tunja y Honda. En ellos convivían las ocupaciones propias de la vida contemplativa con las actividades pastorales, si bien en Honda, Tunja, Panamá y quizá también Bogotá, éstas no tardaron en encaramarse al primer plano. Su actividad misionera fue escasa. Sólo adquirió consistencia a partir del año 1767, tras la expulsión de los jesuitas. Hasta esa fecha sus misioneros nunca pasaron de dos o tres parejas.

DISTRIBUCIÓN DE LOS RELIGIOSOS DE LA SEGUNDA MITAD DEL S. XVIII

Conventos	1771	1777	1795
El Desierto	16	12	20
Cartagena	14	14	13
Panamá	7	10	11
Bogotá	44	44	50
Tunja	4	8	9
Honda	4	4	6
Casanare	7	6	8
Total	96	98	114

Decenios de persecución y languidez, 1810-89

Durante dos siglos su vida discurrió con tranquilidad, sin conocer mayores relieves. Pero en el siglo XIX los disturbios de la larguísima guerra de la Independencia (1810-21) y, sobre todo, las leyes de la República la despojaron de sus bienes, dispersaron a sus miembros y la colocaron al borde de la ruina. Sus religiosos descendieron de 114 en 1795 a 90 en 1822, a 40 en 1850 y a 13 en 1882, quienes, por otra parte, vivían aislados y sin apenas vínculos comunitarios.

La restauración

Por fortuna la ayuda de la provincia de Filipinas llegó a tiempo. Entre 1888 y 1899 envió a Colombia 65 religiosos. Entre ellos hubo algunos eminentes, como san Ezequiel Moreno, presidente de la primera expedición y alma de la restauración, y los padres Santiago Matute, Gregorio Segura, Manuel Fernández, Marcelino Ganuza, Nicolás Casas, Pedro Fabo y Regino Maculet. En pocos años restablecieron la vida común, abrieron el noviciado y renovaron la tradición misionera de la provincia.

Esta restauración fue modelo de colaboración interprovincial. El generalato se informó diligentemente del estado de la provincia, comprendió que no podía dejar su futuro en sus manos y la encomendó a religiosos celosos y capaces. La generosidad de la provincia de San Nicolás, la abnegación de los restauradores, el prestigio de su superior, el apoyo de los comisarios generales y las favorables circunstancias políticas terminaron de garantizar su éxito.

En ese proceso se tuvieron muy presentes los diversos elementos de la espiritualidad de la orden: vida común, celo apostólico y sobriedad de vida. Se implantó la vida común y se reavivó la tradición apostólica de la orden con una intensa actividad en Bogotá y la creación en Casanare del primer vicariato apostólico de la orden y de la nación. Cada ministerio quedó convertido en un pequeño convento. Durante varios años la provincia no aceptó parroquia alguna, por creerlas casi inconciliables con las exigencias de la vida religiosa. Luego, compelida por imperiosas necesidades económicas y también por los obispos, interesados en asegurar la atención pastoral a sus fieles, echó en olvido tan saludables precauciones y se embarcó en un parroquialismo que marcó su vida durante la primera mitad del siglo XX.

Recuperación y nuevo impulso

La Guerra Civil que ensangrentó Colombia de 1899 a 1903 impidió a la provincia aprovechar las energías de las decenas de religiosos jóvenes que le llegaron de España entre 1898 y 1899. Se pensó en restaurar La Popa, en abrir colegios en Cúcuta y Palmira, en establecerse en Nariño... Sólo cuajó la fundación de Manizales (1901), que muy pronto se convirtió en un importante centro de irradiación religiosa, que superó los límites de la ciudad y del departamento.

Apenas terminada la contienda, la provincia se recuperó de los reveses sufridos, reanudó su compromiso con Casanare, interrumpido por la revolución, y se dispuso a afrontar el porvenir con renovada ilusión.

A fines de 1905 su aspecto parecía saludable. Contaba con 59 religiosos, tres casas formadas –Bogotá, El Desierto y Manizales– y un territorio misional con 15 religiosos. Dos de sus religiosos eran miembros calificados del episcopado de la nación. Otros participaban en la vida religiosa y cultural de la nación, haciendo oír su voz en el púlpito y en la prensa. La apertura de una casa en España estaba al caer y en el noviciado de El Desierto se estaban formando 10 novicios y 17 postulantes.

Pero las bases del edificio eran frágiles. La inestabilidad política del país la tenía en jaque perpetuo. El problema vocacional seguía aparcado. La economía era sumamente precaria y se comenzaba a poner en tela de juicio la misma orientación de la comunidad. Para no pocos religiosos Casanare era un peso oprimente que hipotecaba su futuro. A la muerte de Mons. Nicolás Casas (1906) se pensó en abandonarlo y se pidió a la Santa Sede que no confiriese carácter episcopal a su sucesor. Las residencias también suscitaban interrogantes.

Uno tras otro se fueron afrontando todos estos problemas, aunque no todos con la misma determinación. La búsqueda de ministerios más seguros por México (1906-07), El Salvador (1906-08) y Puerto Rico (1906-07) no produjo los resultados apetecidos. La provincia buscaba residencias y los obispos preferían párrocos. En 1906 se consiguió del arzobispo de Bogotá la administración *in perpetuum* de la parroquia de Suba, con lo que se entreabrió la puerta a un apostolado que siempre había suscitado reservas. El definitivo ingreso de la provincia en él llegaría años más tarde con la aceptación de las parroquias de El Espinal (1913), Manzanares (1916), San Nicolás de Cali (1917), El Fresno (1921), Pradera (1925) y Cartago (1926).

Noviciado en España

La decisión más trascendental fue la apertura en 1906 del colegio apostólico de Sos del Rey Católico (Zaragoza), convertido dos años más tarde en noviciado y luego en casa de estudios filosóficos y teológicos. Durante algunos años Sos satisfizo sus necesidades vocacionales y formativas, pero pronto sus muros resultaron estrechos y hubo que pensar en abrir otros centros de estudio. A esa necesidad responden las fundaciones de Artieda en 1920 y de Tauste en 1923.

Estas casas resolvieron el problema vocacional y aseguraron el porvenir de la provincia, pero, al prolongar su carácter español, podían haber comprometido su labor. No fue así, porque ésta estaba ya inserta en la sociedad colombiana. San Ezequiel había señalado la pauta al responder personalmente a responder a necesidades como la evangelización de los infieles o el liberalismo. Nicolás Casas, Marcelino Ganuza, Pedro Fabo, Samuel Ballesteros, Regino Maculet y varios más siguieron su ejemplo.

Con la toma de posesión de la casa de Panamá, la provincia comenzó a realizar su vieja aspiración a diversificar su campo de trabajo. El desconcierto provocado por la revolución filipina había agudizado su sensibilidad ante los peligros de una excesiva concentración del personal. Poco después entró en Estados Unidos (1917), donde, entre otros apostolados,

potenció la atención a la población hispana. Diez años más tarde se hizo cargo de unas parroquias en Puerto Rico y la República Dominicana.

Nuevos rumbos

El nuncio suspendió el capítulo de la provincia y confió su gobierno al padre Honorato Urrutia. Se temió que esa intervención iba a perturbar la marcha de la provincia. Pero se trató de una falsa alarma. Los afectados no opusieron resistencia y los nuevos superiores entraron con nuevas ideas y nuevas energías. Fortalecieron su estructura material, mejoraron la formación, recuperaron los valores de la tradición recoleta y abrieron nuevos campos apostólicos, con la consiguiente superación del viejo monopolio parroquial y misional.

En octubre de 1943 recuperan el antiguo colegio recoleto de San Nicolás para instalar en él el Colegio Agustiniiano, el primer plantel educativo propio de la orden en la nación. Entre 1944 y 1945 adquieren lotes de terreno en el actual barrio bogotano de Boyacá, en el que surge hoy la curia provincial con la aneja parroquia de La Consolación. En 1944 aprovechan la visita canónica a las comunidades españolas para intentar instalarse en Madrid, Pamplona y en Oviedo. En Madrid y Oviedo sus gestiones no fructificaron, pero en Pamplona lograron adquirir un terreno en el barrio de la Fuente del Hierro, que luego facilitaría la ejecución de sus deseos.

Su recelo ante la proliferación de parroquias desembocó en un paulatino abandono de las que no estaban entregadas a la orden a perpetuidad; en el fomento del apostolado de la educación, en la ampliación y mejora de los seminarios, en la promoción de los estudios universitarios y en una opción por el apostolado urbano. Sólo en ciudades era posible levantar comunidades numerosas, las únicas que pueden conciliar el culto litúrgico, el estudio y la predicación. Entre enero de 1947 y 1952 se devolvieron al ordinario las de Santa Marta, Cartago, Guaduas, San Nicolás de Cali y Ciénaga. En 1948 se renunció a las capellanías de Oviedo y Hulleras de Turón. En cambio, se aceptaron parroquias urbanas entregadas “pleno iure” a la comunidad, porque ofrecían más garantías de estabilidad.

La preocupación por las vocaciones se concretó en la ampliación de los seminarios de Artieda y La Linda (Manizales). El alumnado de éste pasó de 24 niños en 1944 a 114 en 1949; y su cuerpo de profesores, de tres religiosos a ocho. Con los novicios y coristas no hubo tanta suerte. Ni Suba ni Cota estaban preparados para acogerlos. Y la construcción del teologado de Pamplona tuvo que esperar hasta 1958.

Más suerte hubo en Panamá, donde en 1954 la provincia amplió su presencia con la adquisición del antiguo colegio de La Salle y la aceptación de una parroquia Bautista en el barrio de Río Abajo.

También comenzó a mejorar la base material de la provincia. Desde la restauración arrastraba una debilidad económica que comprometía su desarrollo, la formación de sus religiosos e incluso su apostolado. La adquisición de la finca “Segovia”, en el norte de Bogotá, tendría una gran repercusión en la vida de la provincia.

En la década de los cincuenta, cuando ya se intuía la próxima división de la provincia, volvió el interés por asentarse fuera de Colombia. Fruto de esa voluntad fue la su instalación en Guatemala (1958), Nicaragua (1958-89) y El Salvador (1960-82).

Con esas casas más las de Panamá y de España se erigió en julio de 1961 la provincia de la Consolación. Tres lustros antes había dado vida a la de San Agustín con sus casas de Estados Unidos y la República Dominicana. Con esas desmembraciones la provincia volvió a quedar circunscrita a los confines colombianos, de los que sólo recientemente ha sentido la necesidad de liberarse.

RELIGIOSOS DE LA PROVINCIA DE LA CANDELARIA, S. XIX - XX

<i>Año</i>	<i>Religiosos</i>	<i>Año</i>	<i>Religiosos</i>
1795	114	1906	46
1822	90	1920	82
1836	53	1949	127
1850	40	1971	92
1857	26	1991	102
1852	13	2003	113
1898	61		

2. La actualidad

A fines de 2003 la provincia contaba con 113 religiosos –todos ellos colombianos a excepción de un par de españoles–, distribuidos en veintitrés comunidades: 20 en Colombia y tres en Chile. Sus principales ocupaciones son el apostolado educativo en siete colegios que atienden a poco más de 10.000 alumnos; el misional (4 centros en vicariato apostólico de Trinidad) y el parroquial (14). En 2001, tras una breve experiencia en Venezuela (1997-98), se instaló en Chile, donde una decena de religiosos regentan tres parroquias y un santuario mariano.

Cuenta, además, con cuatro obispos: el vicario apostólico de Trinidad, el obispo auxiliar de Cali y dos eméritos de Casanare. Uno de estos últimos es actualmente vicario general de la archidiócesis de Bogotá. Desde 1976 dirige la Fundación San Ezequiel Moreno, “dedicada a visitar a los enfermos graves, donde ellos se encuentren, especialmente a los de cáncer y a los más pobres, con el fin de llevarles consuelo, amistad y calor cristiano. Cuando el enfermo es muy pobre, la Fundación le ayuda con una suma mensual en efectivo”. Actualmente cuenta con oficinas en las 27 principales ciudades de Colombia.

Sede del provincial

Carrera 73, N° 69ª - 9
Santafé de Bogotá – Colombia